



HIJAS DE LILITH

EL LEGADO DE
LA SANGRE

RAFAEL DE LA ROSA

HIJAS DE LILITH: EL LEGADO DE LA SANGRE

Rafael de la Rosa

Primera edición: Octubre de 2017.

Título original: Hijas de Lilith: El legado de la sangre.

© de esta edición, Rafael de la Rosa, 2017.

© de las ilustraciones de cubierta, Libertad Delgado, 2017.

Corrección, Virginia Buedo, 2017.

Maquetación, Óscar San Juan Orgaz, 2017

Publicado por Rafael de la Rosa.

dragonmecanicoblog@gmail.com

www.dragonmecanico.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser efectuada con la autorización de los titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra

(www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Prólogo

Un grito desesperado desgarró la paz del bosque. Diez sombras se mueven en torno a la montaña de ramas y madera que ocupa el centro del claro. En la vorágine de restos vegetales secos, una mujer levanta la mirada hacia las que consideraba sus amigas. En sus ojos, apenas iluminados por una luna en fase creciente, se mezclan la súplica y la desesperación.

—Es tu última oportunidad para rectificar, Klara —dice una figura encapuchada ante ella. Su voz suena rota, aunque mantiene la firmeza—. ¿Seguirás defendiendo el derecho a la vida de la nueva Lilith?

—No podéis pedirme que haga esto. ¡Es inhumano! —Klara lanza su cuerpo hacia delante, pero las sogas que atan sus manos al poste central de la hoguera la sostienen con firmeza. Sus muñecas, enrojecidas, manchan las fibras de sangre.

—Ya conoces las normas: no podemos arriesgar nuestra existencia.

La mujer encapuchada se acerca a la pila de leña. Con firmeza, traza una fina línea carmesí en su mano con el puñal. Cierra el puño sin cambiar la expresión, con la mirada fija en los ojos suplicantes de Klara. Cae una gota de sangre. Luego otra. Y otra.

—No puedo matar a mi hija —dice Klara, y sus ojos se inundan un instante.

La mujer encapuchada apoya la mano en la pira. Un segundo antes de que la sangre prenda y las ramas empiecen a arder, aparta la mirada de Klara.

El calor comienza a asfixiarla, el humo le irrita los ojos. Klara tose, pero no consigue sacar de su cuerpo el negro

aroma de la muerte. Las llamas crecen, su piel se inflama. El sudor le cae por la frente, pero nada alivia el calor sofocante de la hoguera. Las llamas escalan por su vestido y Klara grita. Grita porque siente cómo en su piel se forman pompas que explotan con el calor, grita porque el fuego es tan potente que siente frío; un frío abrasador y contradictorio. Klara grita porque es lo único que puede hacer.

Ante ella, diez mujeres observan la escena, testigos mudos de sus gritos. La ven quebrarse y retorcerse, intentar evitar las llamas que ya le cubren la cabeza, que la coronan con fuego al consumir su pelo. El crepitar de las llamas se entremezcla con los alaridos desesperados de la bruja condenada a morir en la hoguera.

Los gritos se detienen, pero su cuerpo parece resistirse con un movimiento espasmódico. Tras un último estertor, las llamas avanzan sin resistencia.

Y la noche vuelve a estar en calma.

Capítulo 1

La despertó la luz de los faros de un coche que se colaba por la persiana. El sabor a alcohol le escaló por la garganta, espeso y húmedo. Buscó la ropa interior entre los pliegues de las sábanas; no debía estar muy lejos. Junto a ella, boca abajo y desnudo, su novio emitió un ronquido.

Con un traspie, Lidia se puso las bragas que había encontrado en el suelo de camino al baño, tanteó la pared en busca del interruptor y mantuvo los ojos entornados para evitar quedarse ciega del fogonazo que producía aquella bombilla de ochenta vatios al reflejarse en el espejo sobre el lavabo. El cuerpo le ardía.

Se derritió por la pared hasta caer junto al váter y se metió los dedos en la garganta. Necesitaba vomitar parte de toda la mierda que había tragado la noche anterior si quería mantenerse viva al menos otras veinticuatro horas. La convulsión que le sacudió el estómago no tardó en llegar, y pronto se vio liberada de aquella presión extraña que sentía en el abdomen cuando combinaba diferentes tipos de bebidas alcohólicas.

«No pienso volver a beber en mi vida», se mintió, aún con los ojos cerrados, mientras se sujetaba el pelo con la mano izquierda.

Aprovechó el impulso de levantarse para tirar de la cadena. Decidió no mirarse en el espejo más de lo necesario. La luz le agujijoneaba el cerebro cuando se colaba por sus pupilas, así que mejor limitar el dolor a lo estrictamente necesario para asegurarse de que se limpiaba bien los restos de vómito.

Se lavó los dientes en un intento desesperado por librarse del mal aliento. Con la mano libre, desbloqueó el

móvil para mirar la hora: las siete de la mañana. Aún no había amanecido, pero, si no quería llegar tarde, era mejor que no se volviera a meter en la cama.

Recogió unos vaqueros del suelo con cara escéptica. ¿Eran suyos o de Miguel? Por el ancho de las caderas juraría que suyos. Parecían limpios. O al menos no olían mal... Recordaba que la noche anterior había llevado un vestido negro, nada de pantalones.

Se puso la primera camiseta que cogió del armario y entró en la cocina. Necesitaba un café y una ducha, pero sobre todo un café. La cafetera aún contenía medio litro del líquido negro que había preparado de madrugada con la esperanza de que le evitase una resaca. No parecía haber funcionado. Se masajeó la sien para tratar de calmar el dolor de cabeza. Llenó una taza a medias de café y leche y se sentó con ella en las manos. «Espero que esto me espabile».

Dio un sorbo rápido. «Mierda», pensó. «He olvidado calentarla». Un leve escalofrío le recorrió la espalda. Se giró para levantarse y se llevó la taza a los labios en un acto reflejo.

—¡Joder! —La taza se le escapó de los dedos en un movimiento impulsivo para defenderse del calor que le había abrasado la lengua.

Lidia miró atónita el café derramado en el suelo. Cogió la taza casi intacta —apenas un leve descascarillado en el borde, nada que no tuviese solución— y la notó caliente entre los dedos.

—¿Qué cojones...? —masculló entre dientes, incapaz de comprender qué había pasado. No recordaba haber calentado el café y no estaba tan borracha como para olvidar cosas absurdas como esa. Solo tenía un dolor de cabeza que era bastante fácil de sobrellevar.

—¿Estás bien? ¿Te has cortado?

Lidia levantó la mirada, aún desconcertada. Miguel la observaba desde la puerta, desnudo, con el sueño aún di-

bujado en la cara y una resaca incipiente asomada a sus ojos.

—Sí, sí, estoy bien. La taza ni siquiera se ha roto, ¿ves?
—Le enseñó la taza y se levantó para ir a por algo para limpiar el café derramado—. Solo me he quemado con el café, una tontería.

Miguel se acercó para darle un beso en los labios y después se marchó en dirección al baño. Se alegraba de haberse lavado los dientes: no quería que el aliento le apestará a ron como a él. Terminó de limpiar mientras lo escuchaba tararear en la ducha. Si no fuese porque sabía que ambos tenían cosas que hacer, lo habría asaltado en el baño. Bueno, por eso y porque la resaca no ayudaba mucho a excitarse.

Miró los papeles de cocina manchados que acababa de tirar a la basura. No sabía con exactitud qué era lo que buscaba en ellos, pero no podía dejar de pensar en el café, caliente sin motivo. Apenas fue consciente de que Miguel atravesaba la cocina para salir de casa, ya vestido y con el pelo aún húmedo.

—Te veo por la tarde —lo escuchó decir, acompañado del tintineo de las llaves de la puerta principal al abrirse.

Se frotó los párpados para espabilarse y se giró para despedirlo. Sonrió al verlo, tan inocente como cada mañana.

—Espera un segundo, anda —le dijo cuando ya estaba con un pie fuera, justo antes de salir. Con un par de pasos se acercó a Miguel para ponerle bien el rizo rojo rebelde que siempre se le salía de su sitio—. Ahora estás perfecto —sonrió.

Miguel se inclinó para darle un beso en la nariz.

—Suerte en el médico —se despidió.

Cuando la puerta se cerró, Lidia puso algo de música y se metió en la ducha. Mientras el agua casi hirviendo le bajaba por el cuello, se llevó la mano a los labios, extrañada aún por haberse quemado con el café.

Desgarró la carne putrefacta de uno de los siervos de Dadoth-Ohl y metió las manos en ella. Permanecía oculta en las tinieblas de la casa. Allí, en la oscuridad, era donde mejor podía ver el mundo que le interesaba. Sentía las vísceras del Ohl entre sus dedos, el líquido pegajoso y aún caliente que le manchaba las manos. Aprovechó la uña larga del dedo índice para hacerse un corte en la palma de la mano y mezcló su sangre con la del sacrificio.

Cerró los ojos para que ni el más mínimo rayo de luz pudiese perturbar su visión. Una convulsión sacudió su cuerpo, arqueado y vencido por los años. Un sabor metálico inundó su boca. Con un movimiento rápido, se cubrió los ojos con la sangre que le manchaba las manos. El olor a muerte la ayudaba a concentrarse.

El aire se detuvo en su pecho, el corazón dejó de latirle. El cuerpo entero se le paralizó con un temblor repentino. Las paredes de su garganta colapsaron sobre sí mismas hasta asfixiarla, como si del abrazo mortal de una boa constrictor se tratase. Las imágenes se sucedían ante sus ojos cerrados. La muerte, la destrucción, el advenimiento de la magia pura.

Cuando ya no pudo aguantar más, lanzó un grito para volver a respirar. La sangre salió despedida en todas direcciones, como cientos de cuchillas afiladas. El gemido de alguien en la habitación quedó silenciado bajo el cristal roto de su voz:

—¡Lilith ha vuelto! —sentenció—. ¡Lilith ha vuelto!

Cien ojos brillaron en una esquina ante la mención de aquel nombre. La bruja se detuvo ante ellos. Notaba el pañal mojado de orín y heces al andar, pero lo ignoró; había cosas más importantes de las que preocuparse.

—Avisad a todas, llevadles mi visión —dijo a los ojos que resplandecían de un fantasmal verde. Las pupilas irisa-

das se centraron en ella, impacientes—. Hermanas, preparad la hoguera, el nuevo despertar de Lilith ha comenzado.

En cuanto dijo la última palabra, la montaña de ojos se desintegró y cientos de esferas comenzaron a rodar en todas las direcciones para entregar el mensaje.

En algún rincón de la sala, alguien volvió a gemir.

Tamborileó las uñas contra la mesa de madera, aburrida mientras la médico ojeaba su expediente, que ella se limitaba a confirmarle: sí, había tenido un accidente de coche a los cinco años; sí, había tenido mononucleosis a los quince; sí, se había recuperado excesivamente rápido y sí, había sido una suerte. Le resultaba tedioso tener que pasar por aquel absurdo trámite para poder empezar a trabajar en la aseguradora. Ya había demostrado que era competente para descolgar un teléfono y responder «asistencia en carretera, ¿en qué puedo ayudarle?». No entendía para qué tanto trámite burocrático para tirarse ocho horas mal pagadas con uno de esos horribles auriculares con micrófono.

—¿Y bien? —La doctora le devolvía una mirada inquisitiva.

—¿Qué? —Lidia parpadeó rápido y se incorporó en la silla.

—Que vamos a sacarle sangre, así que, por favor, remánguese y estire el brazo.

Lidia obedeció con rapidez y la médico rodeó la mesa para llegar hasta ella. La enfermera se acercó con una goma que le colocó en torno al brazo y una pequeña aguja estéril.

—Toma aire —le dijo mientras buscaba una vena que sirviera—. Va a ser un segundín de nada, verás que ni te enteras. —La enfermera sonreía sin mirarla en un gesto afable. Sacó la aguja de su envoltura de plástico rápidamente y, con pulso firme, la clavó en el brazo izquierdo.

La sensación era incómoda, pero estaba acostumbrada después de todas las donaciones de sangre que había hecho a lo largo de su vida. «Cero positivo, la sangre de los tontos», pensó. La enfermera cambió de bote y el líquido, rojo oscuro casi negro, no tardó más de cinco segundos en llenarlo.

—Muy bien. Toma aire otra vez —le dijo y, sin esperar a que lo hiciera, le extrajo la aguja.

La médico cogió los dos viales y los etiquetó debidamente mientras Lidia se apretaba un algodón empapado en alcohol en la pequeña herida del brazo. La mujer ante ella miró pensativa la sangre en los tubos de vidrio, haciéndolos girar en sus manos un par de veces.

—¿Está todo bien? —preguntó Lidia, extrañada.

—Sí, sí... todo bien.

La médico se incorporó con rapidez para cerrar la puerta por la que se había ido la enfermera. A Lidia no le gustaba el paso nervioso con el que se movía: Se apoyó en el escritorio frente a ella y le devolvió una sonrisa. Juraría que era una sonrisa natural.

—Lidia, ¿verdad? Me llamo Sandra. Creo que ni siquiera me he presentado cuando has entrado —dijo, tendiéndole una mano—. No suelo hacerlo en estas visitas rutinarias para pasar la ITV a los trabajadores.

Lidia asintió sin llegar a comprender qué se proponía. Estrechó su mano por simple cortesía, por no dejarla en el aire.

—Me gustaría poder contarte una cosa, pero no puedo hacerlo aquí y ahora. —Sus ojos negros parecían perforarla de la intensidad con la que la miraba—. ¿Te importaría tomar algo conmigo más tarde? Conozco una cafetería perfecta que seguro que te gustará.

Capítulo 2

—¿Y si te dijera que existe la magia en ti y en mí, ahora?
—Sandra daba vueltas a su té de frutos rojos, cuyo aroma parecía capaz de invadir todo el barrio. Lidia se sentía observada, como si la evaluara. Apartó la mirada y dio un bocado a la napolitana de chocolate que se había pedido antes de responder.

—Vamos a ver —dijo con una mano delante de la boca para evitar escupir algún trozo del dulce que masticaba—. No me vengas ahora con la magia de la casualidad de que nos hayamos conocido, ni nada de eso. Si estás intentando ligar conmigo, te digo que no estoy interesada.

Sandra rio con descaro. Lidia la observó dar un sorbo a su té y tratar de calmar su risa; parecía nerviosa.

Había acompañado a la médico a la salida de su turno hasta una pequeña cafetería escondida en un callejón. El sitio le había gustado desde que entró, pero no por la decoración minimalista en colores pastel, sino por el olor de los dulces que inundaba cada espacio del local. En cuanto olió el chocolate, sus tripas rugieron pidiendo una dosis de azúcar.

Dio un segundo bocado a la napolitana y arqueó las cejas, interrogando a Sandra sin palabras.

—No me has entendido —comenzó a explicarse. Se reclinó en su asiento sin apartar la profundidad de sus ojos negros de los de Lidia—. Me refiero a la magia de verdad, a qué pasaría si te dijese que la magia —extendió una mano hacia delante— existe.

La taza de té se deslizó con suavidad por la mesa hasta sus dedos, que se cerraron en torno al asa y la dirigieron a sus labios para tomar un sorbo. Lidia parpadeó, confusa, y

sus mandíbulas se detuvieron a medio bocado. Había visto a la camarera traer aquella taza. Se la había dado a ella por error y había tenido que pasársela a Sandra ella misma. Había tenido aquella taza en su mano y estaba segura de que carecía de cosas como un imán o un hilo invisible que aseguraran un truco de magia.

Pensó en otra taza que había sido objeto de toda su atención aquella misma mañana...

—¿Dónde está el truco? —dijo con una media sonrisa. Una parte de ella deseaba que no hubiese truco, la misma que aún veía dibujos animados a altas horas de la madrugada cuando no conseguía dormir.

—No hay truco, Lidia —sonrió Sandra—. La respuesta es más sencilla que un truco de magia. Los trucos son parafernáticos, complicados, requieren distraer al observador. Yo lo que quiero es que veas —la taza flotaba a unos centímetros de la palma abierta de su mano— que aquí no hay truco.

Inclinó su mano, con la taza levitando sobre ella, hasta dejarla a su alcance. Lidia alternaba la mirada entre la sonrisa de Sandra y la taza flotante que tenía ante ella. Pasó su mano con lentitud entre la mano de la médico y la porcelana caliente de la taza de té. La rodeó por todos lados. Alucinada, la cogió entre sus dedos. Por alguna razón que no alcanzaba a comprender, la esperaba más liviana. «Tal vez por el hecho de verla volar ante mis ojos», pensó.

Apoyó la taza en la mesa como si aquella pequeña pieza —seguramente comprada en Ikea— fuese algún tipo de artefacto maravilloso que nadie había visto en siglos.

—La magia —explicó Sandra, interrumpiendo sus pensamientos— es algo que vive con nosotros todos los días. Pero las brujas hemos aprendido a ocultarnos.

—Espera, ¿eres una bruja? —Lidia abrió los ojos tanto como podía, escéptica. Algo en su interior, sin embargo, parecía aceptarlo sin dudar.

Sandra se inclinó para poner su rostro a la misma altura que el de ella.

—Acabo de hacer flotar una taza de té ante tus narices, ¿qué te hace pensar que, si sé hacer magia, no soy una bruja?

Lidia desvió la mirada, avergonzada por haber hecho una pregunta tan estúpida. Fijó la mirada en el letrero de «Abierto» de la puerta principal justo en el instante en el que la música de fondo dejaba de sonar. La camarera se acercó hasta su mesa.

—No es tan difícil de entender, chica —dijo la mujer mientras se recolocaba el mandil—. La magia existe, las brujas también. Los brujos también, pero menos —rio. Levantó una mano sin perder la sonrisa y un trapo azul voló hasta ella, que lo agarró en el aire sin mirarlo—. Sandra es una bruja, yo soy una bruja. —Limpió una pequeña mancha de té derramado sobre la mesa—. Y tú, chica espabilada, eres una bruja también.

—No sé qué me intentáis vender —comenzó con una risa nerviosa—, pero a mí no vais a colármela.

Lidia apartó la silla de la mesa y recogió su bolso. Las manos le temblaron al agarrar el asa. ¿Por qué había aceptado la invitación de una desconocida? Cuando se disponía a levantarse para irse, la mano de la camarera la detuvo.

—Espera, por favor —le dijo en un tono mucho más calmado—. Entiendo que te parezca una locura, este tampoco es un caso normal para nosotras. —Lidia estudió su expresión y la preocupación que reflejaba su mirada le hizo ceder. Dejó el bolso de nuevo en el suelo no del todo convencida—. Necesitarás ayuda si de verdad eres una bruja.

—Suponiendo que todo esto no es una locura —contestó, e intentó que su voz no reflejase su nerviosismo—, ¿qué os hace pensar que yo soy una... bruja?

—Tu sangre —respondió Sandra—. La sangre de las brujas reacciona entre ella, se atrae. Lo noté en cuanto cogí tus viales.

—He donado sangre mil veces, ¿cómo es posible que nunca nadie se haya dado cuenta si es así de fácil?

Sandra cruzó una mirada con la camarera antes de responderle.

—Normalmente detectamos la magia en alguien cuando es mucho más joven. Más aún dentro de las familias de brujas. —Se detuvo un instante para pensar—. No sé, puede que tu sangre tenga solo el contenido mínimo necesario para ser bruja y haya pasado desapercibido hasta ahora.

—¿El contenido mínimo? —La lógica le dictaba que todo aquello era un disparate. ¿Por qué entonces quería escucharlo?

—Las brujas somos hijas de Lilith, llevamos su sangre. —La camarera se señaló las venas de la muñeca en un marcado gesto teatral. Lidia no podía dejar de mirar la sombra de ojos verde que destacaba tras las gafas de la mujer—. Lo que pasa es que, con los años, la sangre de Lilith y la sangre de Eva se han mezclado y sus descendientes solo manifiestan poderes cuando al menos la mitad de su sangre procede de Lilith.

—¿Quién narices es Lilith? —Aquel nombre le sonaba de algo, pero no terminaba de ubicarlo. Algo bíblico, supuso por asociación al nombre de Eva.

—Si Eva es la primera mujer, Lilith es la primera bruja —explicó Sandra con voz calmada—. Tu sangre debe tener un cincuenta por ciento de cada una. De ahí que nadie se haya dado cuenta de tus poderes hasta ahora. Puede que ni tú misma hayas fijado en cosas raras que pasaban a tu alrededor, como heridas que sanan más rápido, helados que tardan más en derretirse...

—O cafés que se calientan solos —susurró para sí misma.

—Esta es bruja, te lo digo yo —comentó la camarera. Cogió el plato vacío de la mesa y se giró para llevarlo a la barra—. Mira la cara que ha puesto, algo ha hecho clic en esa cabecita.